



J.K. ROWLING

EL
ICKABOG

Se acerca el ickabog... un monstruo legendario que amenaza un reino y que pondrá a prueba la valentía de dos chicos. Descubre una aventura sumamente original sobre el poder de la esperanza y la amistad y su triunfo contra todo pronóstico, obra de una de las mejores narradoras del mundo.

El reino de Cornucopia era el más feliz del mundo. Tenía oro en abundancia, un rey con unos bigotes magníficos y un montón de carniceros, reposteros y queseros cuyos exquisitos productos hacían que la gente bailara de júbilo cuando los comía. Todo era perfecto, excepto Los Pantanos, la región del norte donde, según la leyenda, vivía el terrorífico ickabog. Sobre ese monstruo, cualquiera con un poco de cabeza sabía que no era más que una fábula que los padres utilizaban para que los niños se portaran bien. Aunque lo extraño de las fábulas es que a veces cobran vida propia...

Pero ¿puede una leyenda derrocar a un rey amado por su pueblo y destruir un reino feliz? ¿Puede embarcar a dos chicos valientes en una aventura que no han buscado y ni siquiera imaginado? Si crees que tienes suficiente valor, adéntrate en las páginas de este libro para averiguarlo...

El ickabog está dedicado a:

Mackenzie Jean,
porque siempre fue su historia favorita
y porque durante una década me suplicó que
acabara de escribirla;

Megan Barnes
y
Patrick Barnes,
en recuerdo de
Lisa Cheesecake y la Llama;

y por supuesto a dos maravillosas Daisies:
Daisy Goodwin
y
Daisy Murray,
orgullosas hijas del QSC

Prólogo

La idea de *El ickabog* se me ocurrió hace mucho tiempo. La palabra «ickabog» deriva de Icabod, que significa «sin gloria» o «se ha ido la gloria». Creo que entenderéis por qué escogí ese nombre cuando hayáis leído el cuento, que trata sobre temas que siempre me han interesado: ¿qué nos dicen sobre nosotros mismos los monstruos que conjuramos? ¿Qué tiene que pasar para que el mal se apodere de una persona o de un país, y qué hay que hacer para derrotarlo? ¿Por qué la gente decide creerse las mentiras que le cuentan aunque las pruebas sean escasas o nulas?

Escribí *El ickabog* a trompicones al mismo tiempo que los libros de Harry Potter, pero la historia nunca sufrió grandes cambios: siempre empezaba con la muerte de la pobre señora Dovetail y acababa... ¡bueno, mejor que no lo diga, por si es la primera vez que la leéis!

Solía leerles el cuento en voz alta a mis dos hijos pequeños, pero nunca lo terminaba, para gran desesperación de Mackenzie, porque era su historia favorita. Tras finalizar los libros de Harry Potter, hice una pausa de cinco años y, cuando decidí no publicar un libro infantil a continuación, llevé *El ickabog*, todavía inacabado, al desván. Allí permaneció más de una década, y seguramente allí seguiría de no ser por la pandemia de COVID-19, que hizo que millones de niños quedaran confinados en casa sin poder ir a la escuela ni ver a sus amigos. Entonces se me ocurrió colgar el cuento

en internet de forma gratuita y proponerles a los niños que lo ilustraran.

Bajé del desván una caja polvorienta llena de hojas mecanografiadas y manuscritas y me puse a trabajar. Mis hijos, que ahora son adolescentes y que habían sido el primer auditorio de *El ickabog*, volvieron a escuchar un capítulo cada noche cuando ya casi lo había terminado. De vez en cuando me preguntaban por qué había suprimido algún detalle que les gustaba y, por supuesto, yo añadía lo que ellos echaban de menos, asombrada de que lo recordaran todo tan bien.

Además de a mi familia, que siempre me apoya, quiero dar las gracias a todos los que me ayudaron a publicar *El ickabog* en internet en tan poco tiempo: mis editores Arthur Levine y Ruth Alltimes; James McKnight, de Blair Partnership; mi equipo de supervisores: Rebecca Salt, Nicky Stonehill y Mark Hutchinson; y mi agente, Neil Blair. Todos los implicados hicieron un esfuerzo hercúleo y no podría estarles más agradecida. También quiero dar las gracias a todos los niños (¡y algún adulto!) que enviaron sus ilustraciones para participar en el concurso. Revisar esos dibujos ha sido un placer, y no soy la única que está maravillada del talento de los participantes. Me encantaría pensar que *El ickabog* le ha ofrecido su primera oportunidad a más de un futuro ilustrador.

Regresar a Cornucopia y terminar lo que empecé hace tantos años ha sido una de las experiencias más gratificantes de mi vida profesional. Solo me queda decir que espero que disfrutéis leyendo este cuento tanto como yo disfruté escribiéndolo.

Julio de 2020



El rey Fred el Intrépido

Había una vez un país diminuto llamado Cornucopia gobernado por una larga dinastía de reyes rubios. El que ocupaba el trono en la época sobre la que escribo era Fred el Intrépido. Lo de «el Intrépido» lo había proclamado él mismo la mañana de su coronación, en parte porque le gustaba la grandilocuencia de la palabra, en parte porque una vez había conseguido cazar y matar una avispa él solo... sin contar a los cinco lacayos y al limpiabotas.

El rey Fred el Intrépido llegó al trono aupado por una gran ola de popularidad. Tenía unos adorables rizos dorados y unos magníficos bigotes, y estaba espléndido con los calzones ceñidos, los jubones de terciopelo y las camisas con volantes que los varones acaudalados vestían en aquella época. Tenía fama de generoso, sonreía y saludaba con la mano a cualquiera con el que se topase y había quedado tremendamente favorecido en los retratos que se habían distribuido por todo el reino para colgarlos en los ayuntamientos. Los habitantes de Cornucopia estaban felices con su nuevo rey y muchos creían que lo haría aún mejor que su padre, Richard el Honrado, quien, aunque nadie hubiese querido comentarlo en su momento, tenía los dientes bastante torcidos.

En el fondo, el rey Fred se sintió aliviado al comprobar lo fácil que era gobernar Cornucopia. De hecho, parecía que el país funcionase solo: casi todo el pueblo tenía comi-

da en abundancia, los comerciantes ganaban oro a mansalva y los consejeros del trono se encargaban de resolver cualquier pequeño problema que pudiera surgir. Las obligaciones del rey se limitaban, pues, a sonreír a sus súbditos cuando salía en carroza y a ir de caza cinco veces por semana con sus dos mejores amigos: lord Spittleworth y lord Flapoon.

Spittleworth y Flapoon tenían extensas propiedades en el campo, pero les resultaba mucho más barato y les parecía mucho más divertido vivir en palacio con el rey, comiéndose su comida, cazando sus ciervos y asegurándose de que no se encariñaba con ninguna joven dama de la corte. No querían que se casara porque la presencia de una reina sin duda les aguaría la fiesta a ellos dos. Durante un tiempo, el apuesto y rubio Fred había mostrado interés por la morena y hermosa *lady* Eslanda, pero Spittleworth lo había persuadido de que era demasiado seria e intelectual para que el pueblo la aceptara como reina. Lo que el rey no sabía era que lord Spittleworth estaba resentido con *lady* Eslanda porque él sí le había propuesto matrimonio y ella lo había rechazado.

Lord Spittleworth era flaco, astuto e inteligente; su amigo Flapoon tenía la cara colorada y estaba tan desmesuradamente gordo que hacían falta seis hombres para subirlo a su enorme caballo castaño. No era tan avisado como Spittleworth, pero aun así era mucho más listo que el rey.

Tanto lord Spittleworth como lord Flapoon eran expertos aduladores y cada vez que podían fingían asombrarse de lo bien que Fred lo hacía todo, desde montar a caballo hasta jugar a la pulga. Si Spittleworth tenía algún talento era el de convencer al rey de que hiciera cosas que, en realidad, le convenían al propio Spittleworth; y si Flapoon tenía un don era el de hacerle creer al monarca que no había nadie en el mundo que le fuera más leal que sus dos mejores amigos.

Fred pensaba que Spittleworth y Flapoon eran unos tipos estupendos. Lo animaban a organizar fiestas elegantes, elaboradísimos pícnicos y banquetes suntuosos. Entonces Cornucopia era famosa allende sus fronteras por su gastronomía: cada ciudad era conocida por sus productos típicos y cada uno de estos era el mejor del mundo.

Situada en el sur del país, Chouxville, la capital, estaba rodeada de vergeles, campos de trigo dorado y reluciente y prados de un verde esmeralda donde pacían vacas lecheras de un blanco immaculado. Las granjas producían la nata, la harina y las frutas con las que los extraordinarios pasteleros de Chouxville preparaban su deliciosa repostería.

Hacedme un favor: pensad en la tarta o la galleta más succulenta que jamás hayáis probado. Pues bien, perdonadme si os digo que en Chouxville os habríais muerto de vergüenza de haber tenido que servirla. Si a un hombre hecho y derecho no se le llenaban los ojos de lágrimas de placer cuando mordía un dulce de Chouxville, este se consideraba un fracaso y ya no volvían a prepararlo nunca más. Los escaparates de las pastelerías de la ciudad estaban repletos de exquisiteces como los Sueños de Doncella, las Cunitas de Hada y la más famosa de todas: las Ilusiones Celestiales, tan refinadas y tan exageradamente buenas que se reservaban para las ocasiones especiales, pues era imposible no llorar de felicidad al comerlas. El rey Porfirio, de la vecina Pluritania, le había enviado al rey Fred una carta en la que le ofrecía la mano de cualquiera de sus hijas, a su libre elección, a cambio de un suministro vitalicio de Ilusiones Celestiales, pero Spittleworth le había aconsejado a Fred que se riera en la cara del embajador pluritano.

—¡Por bellas que sean sus hijas, ninguna lo es tanto como para cambiarla por Ilusiones Celestiales, majestad!

Al norte de Chouxville había más prados verdes bañados por ríos de aguas transparentes donde se criaban vacas de un negro azabache y cerdos rosados y alegres. De ese ganado se alimentaban las ciudades gemelas de Kurdsburg

y Baronstown, comunicadas por un puente de piedra que dibujaba un arco sobre el principal río de Cornucopia, el Fluma, por el que navegaban barcazas de vivos colores que transportaban mercancías de un extremo al otro del reino.

Kurdsburg era famosa por sus quesos: enormes ruedas blancas, macizas balas de cañón naranja, grandes tambores desmoronadizos entreverados de venas azules y quesitos cremosos más suaves que el terciopelo.

Baronstown era célebre por sus jamones ahumados y glaseados con miel, sus lonjas de beicon, sus salchichas picantes, sus tiernos bistecs y sus pasteles de carne de venado.

Los aromáticos humos que salían por las chimeneas de los hornos de ladrillo rojo de Baronstown se mezclaban con los olores que se escapaban de las queserías de Kurdsburg, y en cincuenta kilómetros a la redonda era imposible no salvar al olfatear aquel aire deliciosamente perfumado.

A unas pocas horas al norte de Kurdsburg y Baronstown se extendían hectáreas de viñedos que daban unas uvas grandes como huevos que, además, eran dulces y jugosas; y si uno seguía viajando el resto del día llegaba a la ciudad de granito de Jeroboam, famosa por sus vinos. Del aire de Jeroboam solía decirse que podía emborracharlo a uno con solo pasear por la calle. Las mejores cosechas se vendían por miles y miles de monedas de oro, y había varios vinateros de Jeroboam entre los hombres más ricos del reino.

Pero un poco más al norte sucedía una cosa muy extraña. Se diría que la tierra de Cornucopia, de una riqueza fabulosa, hubiese quedado exhausta tras producir los mejores pastos, el mejor trigo y las mejores frutas del mundo. En el extremo septentrional del reino había un lugar conocido como Los Pantanos, donde lo único que crecía eran unas setas insípidas y correosas y una hierba escasa y reseca que solo servía para alimentar a unas pocas ovejas roñosas.

La gente que cuidaba de aquellas ovejas no tenía el aspecto lozano, pulcro y acicalado de los ciudadanos de Je-

roboam, Baronstown, Kurdsburg o Chouxville: estaban demacrados y vestían con harapos. No podían vender sus desnutridas ovejas a buen precio ni en Cornucopia ni en el extranjero, así que muy pocos llegaban a deleitarse alguna vez con los vinos, quesos, carnes o dulces cornucopianos. El plato más habitual de Los Pantanos era un grasiento caldo preparado con las ovejas que, por ser demasiado viejas, ya no podían venderse.

El resto de Cornucopia consideraba a los pantaneros gente rara, arisca, sucia y antipática. Su áspero acento daba pie a imitaciones que sonaban como los balidos de ovejas viejas y roncadas; la rusticidad de sus maneras era motivo de innumerables chistes. Para los habitantes del resto del país, lo único memorable que jamás había salido de Los Pantanos era la leyenda del ickabog.





El ickabog

La leyenda del ickabog se había transmitido de generación en generación en Los Pantanos y, de boca en boca, había llegado hasta Chouxville. A esas alturas, todo el mundo la conocía. Naturalmente, como sucede con todas las leyendas, cambiaba un poco dependiendo de quién la contara, pero todas las versiones coincidían en que, en el extremo septentrional del país, había un pantanal extenso, oscuro y casi siempre cubierto de niebla donde vivía un monstruo. Era un lugar peligrosísimo al que las personas evitaban acercarse porque el monstruo se comía las ovejas y a los niños, y a veces incluso se llevaba a hombres y mujeres adultos que se extraviaban y acababan deambulando por allí de noche.

Los hábitos y el aspecto del ickabog diferían en función de quien lo describiera. Para unos tenía forma de serpiente, para otros más bien parecía un dragón... o un lobo. Unos decían que rugía; otros, que siseaba, e incluso había quien aseguraba que se deslizaba tan silenciosamente como la niebla que descendía de improviso sobre el pantanal.

Contaban que poseía poderes extraordinarios: podía imitar la voz humana para atraer a los viajeros y hacerlos caer en sus garras; si intentaban matarlo, sanaba como por arte de magia o se dividía en dos; podía volar, escupir chorros de fuego, disparar veneno... Sus poderes eran proporcionales a la imaginación del narrador.

«¡No salgáis del jardín hasta que vuelva del trabajo o el ickabog se os llevará y se os comerá!», les advertían los padres de todo el reino a sus hijos. Y por todo el país los niños y las niñas jugaban a luchar contra el ickabog, intentaban asustarse unos a otros con historias del ickabog y, cuando estas eran suficientemente convincentes, tenían pesadillas con el ickabog.

Bert Beamish era uno de aquellos niños. Una noche, los Beamish invitaron a los Dovetail a cenar a su casa y el señor Dovetail los entretuvo un buen rato contándoles lo que, según les dijo, eran las últimas noticias sobre el ickabog. Aquella noche, Bert, que tenía cinco años, despertó aterroizado y sollozante después de soñar que se hundía poco a poco en un neblinoso pantano mientras los ojos enormes y blancos del monstruo lo miraban, deslumbrantes, desde la orilla.

—Tranquilo, no pasa nada —le susurró su madre, que había entrado de puntillas en la habitación con una vela en la mano y ahora lo mecía en su regazo—. El ickabog no existe, Bertie. Solo es una leyenda absurda.

—¡Pe-pero el señor Dovetail dijo que han desaparecido ovejas! —gimoteó Bert.

—Es cierto —respondió la señora Beamish—, pero no porque se las haya comido ningún monstruo: las ovejas son unos animales muy bobos, siempre puede pasar que alguna se aleje del rebaño y acabe hundiéndose en un pantano.

—¡Pe-pero el señor Dovetail dijo que también han desaparecido personas!

—Solo personas lo bastante necias como para deambular de noche por el pantanal —aseguró la señora Beamish—. Tranquilízate, Bertie: no hay ningún monstruo.

—Pero ¡el señor Do-Dovetail dijo que la gente oye voces detrás de las ventanas y por la mañana descubre que sus gallinas han desaparecido!

La señora Beamish no pudo contener la risa.

—Las voces que oyen son de ladrones normales y corrientes, Bertie: en Los Pantanos se roban unos a otros todo el tiempo ¡y es más fácil culpar al ickabog que admitir que sus vecinos son unos bandidos!

—¿Roban? —dijo Bert asombrado. Se incorporó en el regazo de su madre y la miró con solemnidad—. Pero robar es muy feo, ¿no, mamá?

—Ya lo creo, ¡feísimo! —respondió ella. Levantó a Bert, lo devolvió con cuidado a la cama y lo arropó—. Pero, por suerte, nosotros no vivimos cerca de esos incivilizados pantaneros.

Cogió la vela y caminó de puntillas hacia la puerta del dormitorio.

—Que duermas como un angelito —le deseó a Bert desde el umbral; cualquier otro día habría añadido: «Y que el ickabog no se te lleve de un piececito», que era lo que todos los padres de Cornucopia les decían a sus hijos a la hora de acostarse, pero esta vez agregó—: Hasta mañana.

Bert volvió a dormirse y ya no vio más monstruos en sus sueños.

Pero daba la casualidad de que el señor Dovetail y la señora Beamish eran muy amigos: se conocían de toda la vida, habían ido a la misma clase... Ella le contó que Bert había tenido pesadillas a raíz de sus relatos y él se sintió culpable. Como era el mejor carpintero de toda Chouxville, decidió tallar un ickabog en miniatura para Bert y regalárselo. Le puso una sonrisa llena de dientes y, en vez de pies, unas enormes garras; de inmediato se convirtió en el juguete favorito del chiquillo.

Si a Bert, a sus padres, a sus vecinos los Dovetail o a cualquier otro habitante de Cornucopia les hubiesen revelado las terribles desgracias que estaban a punto de ocurrir en su país por culpa de la leyenda del ickabog, se habrían reído. Vivían en el reino más feliz del mundo, ¿qué daño les podía hacer un monstruo inexistente?





El ickabog podía volar, escupir chorros de fuego, disparar veneno... Sus poderes eran proporcionales a la imaginación del narrador.

Verónica Laguarda Chapela, 8 años, Rivas-Vaciamadrid, España